"La puerta de la casa daba a un cuarto de techo bajo, con un mostrador en medio, de muro a muro, a través del cual el patrón o propietario pasaba las bebidas, las cajas de sardinas y las libras de pasas o de higos que constituían los principales artículos de comercio.

"Por el lado de afuera del mostrador, haraganeaban los parroquianos. En aquellos días, la pulpería era una especie de club, al cual acudían todos los vagos de las cercanías a pasar el rato. El rastrilleo de las espuelas sonaba como chasquido de grillos en el suelo, y de día y de noche gangueaba una guitarra desvencijada que, a veces, tenía las cuerdas de alambre o de tripa de gato, remendadas con tiras de cuero. Si algún payador se hallaba presente, tomaba la guitarra, de derecho, y, después de templarla, lo que siempre requería algún tiempo, tocaba callado algunos compases, generalmente acordes muy sencillos, y luego prorrumpía en un canto bravío, entonado en alto falsete, prolongando las vocales finales en la nota más alta que le era posible dar. Invariablemente estas canciones eran de amor y de estructura melancólica, que se ajustaba extrañamente con el aspecto rudo y agreste del cantor y los torvos visajes de los oyentes.

"Llegaban transeúntes que saludaban al entrar, bebían en silencio y volvían a irse, tocándose el ala del sombrero al salir; otros se engolfaban al punto en conversación sobre alguna revolución que parecía inevitable u otros temas del campo."

El Río de la Plata.
Por R. B. Cunninghame Graham.

PATENTE
EAU
ANIS
COGNAC
RHUM

"El rancho, generalmente, se compone de una sola habitación, para toda la familia, muchachos, hombres, mujeres y chicuelos, todos mezclados. La cocina es un cobertizo apartado unas pocas yardas; hay siempre agujeros, tanto en las paredes como en el techo del rancho, que uno considera al principio como señales singulares de indolencia en la gente. En verano la morada está tan llena de pulgas y vinchucas, que toda la familia duerme afuera, frente a su habitación, y cuando el viajero llega de noche, y, después de desensillar su caballo, camina entre esa comunidad dormida, puede colocar el recado para dormir junto al compañero que más agrade a su fantasía: el admirador de la inocencia puede acostarse al lado de un niño dormido; el melancólico, dormitar cerca de una negra vieja; y el que admira las bellezas más lindas de la creación, puede, muy modestamente, poner la cabeza sobre el recado a pocas pulgadas del ídolo adorado. Sin embargo, nada hay que ayude a la elección, a no ser los pies y tobillos descalzos del entero grupo de dormidos, pues sus cabezas y cuerpos están cubiertos y disfrazados por el cuero y poncho que los tapa.

"En invierno la gente duerme dentro del rancho y el espectáculo es muy original. Tan pronto como la cena del pasajero está lista, se trae adentro el gran asador de hierro en que se ha preparado la carne y se clava en el suelo; el gaucho luego brinda al huésped un cráneo de caballo y él y varios de la familia, en asientos semejantes, rodean el asador del que sacan con sus largos cuchillos bocados muy grandes.

"El rancho se alumbra con luz muy débil emitida por sebo vacuno, y se calienta con carbón de leña; en las paredes del rancho cuelgan de huesos clavados, dos o tres frenos o espuelas y varios lazos y boleadoras; en el suelo hay muchos montones oscuros que nunca se distinguen con claridad; y al sentarme sobre éstos cuando estaba fatigado, con frecuencia he oído el agudo chillido de un chicuelo debajo de mí, y a veces he sido dulcemente interrogado por una joven: –¿qué quería?– y otras veces ha saltado un perro enorme.

"Durmiendo en los ranchos, el gallo frecuentemente ha saltado sobre mi espalda para cantar por la mañana."

Las Pampas y los Andes.
Por Francisco Bond Head (1826, Londres).

"La barraca es una especie de rancho sin pared al frente; o mejor dicho, un galpón de tablas con techo de lo mismo. En el fondo dé ella, el pulpero improvisa un mostrador grosero y un estante ídem, en el que coloca botellas de coñaque, cohetes de la India, cajas de sardinas, pan, dulce de membrillo y algunas baratijas.

En uno de los ángulos del galpón pone la mesa destinada al juego del monte cubierta por un poncho viejo, que preside el empresario de la fiesta o el que lleva la coima, teniendo siempre en la mano, pues estas funciones son nocturnas, un farol poco limpio.

La iluminación de la barraca es hecha, en las de lujo, con faroles de papel, y en las de medio pelo con un candil agonizante o una vela encasquetada en una botella.

Algunos juegan al monte, otros cenan, teniendo por mesa el suelo, y los de más allá cantan, tocan la guitarra, payan, o escuchan de pie el canto y la música. Todos fuman y se pasan el vasito que el pulpero llena con frecuencia.

Los bailes ya no tienen su campo de batalla en las barracas, porque las mozas no las frecuentan de algún tiempo a esta parte."

El hogar en la Pampa.
Por Santiago Estrada (1887).

POLICIA

LA MEDIA CAÑA

Las muchachas porteñas
En la campaña
Bailarán este invierno
La media caña

Con la mozada
Que les lleva Lavalle
De la Bajada

Esos mozos merecen
Por guapetones
Que les pongan blanditos
Los corazones

Sarandiate, mi alma
Lucí la cadera
Hacétele un arco
Porteña embustera

Ahora mesmito
En el "betún" lárgale
Un cariñito.

Canción popular.